



CAPÍTULO VII

DIA último de fiestas y domingo por añadidura, no hay que decir si el bullicio y la aglomeración de meritanos y feriantes serán grandes en la plaza, en la alameda y en los medios y soportales de la calle larga.

Desde amanecido no hay quien duerma: de un lado la música que recorre las calles; de otro los cohetes y bonilas, que de cuarto en cuarto de hora se disparan frente al Ayuntamiento, pusieron á la aldea en pie.

Acabada la misa mayor, donde Gundemaro lució al órgano sus habilidades y llevó el tiple en la cantata,

fueron las señoritas á dar un paseo en la alameda; fueron las mozas pescadoras á recrear sus ojos en los puestecillos ambulantes; fueron los ricos al café, y los pobres hicieron invasión sobre las tabernas.

Hacia una mesa, en torno de la cual están el alcalde y unos cuantos jóvenes meritanos, se acerca Gundemaro resplandeciente de satisfacción y de indumentaria.

Va el hombre hecho un brazo de mar. Un chaqué negro se abre en ala sobre el chaleco que descubre la replanchada camisa de alto cuello y la corbata de nudo á que sirve de alfiler una moneda cántabra.

El pantalón ancho y corto, como falda recogida en previsión de barros, pone el tobillo al descubierto para enseñar el calcetín de seda y los zapatitos de charol con las cintas en moña. Un sombrero flexible deja caer el abanico de sus alas sobre la melena medioeval; y la barba gótica se desploma contra el pecho, transpirando esencias y reflejando brillantinas.

Antes de llegar á la mesa, cede paso á dos pescadoras que, cesto en cabeza, se dirigen hacia el muelle á recoger la pesca.

La Cantora es una, y la otra *Pepona*, mozona saludable y bestial que entra con todo y con todos si el arri-mo es de su gusto.

Al verla se alza de la mesa el alcalde, y, al distraído, endereza hacia ellas el andar.

—El día cuadró bien por la mar— dice la *Pepona*.

—Llenas vinieron las traineras— responde *la Cantora*.—Démonos prisa que hay que coger la pesca y venderla y pa antes del baile estar comías y vestias, al conque de no perder ronda.

—Por la pesca ¿eh?—dice el alcalde acercándose á las dos muchachas.

—¿Qué hacerle?—reponde *la Cantora*.

—¡Ay, si fueras pez tú!...

—Guardárame para no caer en el su trasmallo. Quédese con Dios, don Rodrigo.

—Bajo con vosotras. ¡Guapa estás, mozuca! Buena suerte tiene el animalote de Güiro.

El alcalde sigue á las pescadoras por los escalones del muelle mientras Gundemaro, acercándose al velador, saluda con una cortesía Renacimiento y un «felices, señores».

—Siéntate—dice á Gundemaro uno de los testigos.

—Gracias—responde él;—voy á otra mesa, donde ya me llamaron.

Y señala un velador en que platican Alberto, Enrique, y Pepe Robles, joven meritano que, terminados sus estudios ingenieriles, abandonó el pueblo y sólo vuelve á él con su mujer y con sus pequeñuelos, durante la época de verano.

—Venga acá, Gundemaro, venga acá y acompáñenos—exclama Enrique.—¡Cerveza!....—sigue, encarándose con el mozo.—¿Y usted, Gundemaro?

—¡También cerveza!—Pero en el jarro mío.—Ya lo sabe Julián, (Julián es el mozo), un jarro auténtico holandés, siglo xvii.

—El siglo xvii es tu limite—exclama Pepe riéndose á carcajadas.—De ahí para adelante no transiges ni con la vajilla.

—Transijo; esa es la palabra, transijo con la actualidad; pero mi vida está en las edades que pasaron, en los recuerdos que evoca esta *Mérina Augusta*, favorita de los romanos Césares, fortaleza de los godos monarcas, señorío de los Moncadas y Salsueñas, emporio donde los reyes castellanos juntaban mesnadas y prevenían flotas... ¡Oh, *Mérina Augusta*...!

—Para, hombre, para—interrumpe el ingeniero,—ya conocemos el discurso. Además, nos traen la cerveza.

—El jarro es precioso—dice Alberto examinando el que pone el mozo, junto á Gundemaro.

—Pertenece á mi pobre museo.

—No tan pobre. El Cristo bizantino es una maravilla.

—Comprendo—sigue Gundemaro,—que son chifladuras estas aficiones arqueológicas en un mísero se-

cretario de ayuntamiento; pero se lo juro, así en el museo, cuando estoy solo con mis cachivaches, como en el municipio, cuando hojeo las escrituras y privilegios de esta noble ciudad, imagino vivir aquellas épocas y aun me supongo uno de los esforzados varones que acompañaron á San Fernando en la conquista de Sevilla.

—De tipo anda usted justo: esos miembros recios, esa barba larga y cuadrada, esos bigotes lacios... Poniendo sobre la melena un capacete sería su imagen rediviva. Tengo en mi estudio una moneda de Teodorico que es la cara de usted.

—¿De veras?... ¿Cree usted que hay algún parecido?... ¿No se burla de mí?...

—El rey godo nos libre...

—Como sigan ustedes jaleándole —añade Pepe— es capaz de plantarse el capacete é ir con él al Ayuntamiento. Y sería triste que, viéndole en tal guisa mi tío Rodrigo, el alcalde, que no entiende de numismática, le soltara dos ternos y nuestro

rey godo tuviere que meterse debajo de una mesa con capacete y demás adminículos.

—¡Ay, hijo!... ¡Tienes bromas de un gusto detestable!

—No vale enfadarse conmigo; sabes que te aprecio. En esta aldea, de donde me escapé haciendo fú como los gatos, eres la única persona que tiene entendimiento y, lo que vale más aún, bondad de alma.

Gundemaro sonríe agradecido y el diálogo continúa entre sorbo y sorbo de cerveza, dando tiempo á la aparición de dos señoras que se dirigen al kiosko. Hay en éste unas forasteras que vanamente acuden á los reclamos de sus ojos y de su sonrisa para atraer clientela.

Una de las recién llegadas acusa más de los sesenta. En vano procura encubrirlos con afeites y mone-rías; la edad habla por las arrugas de su piel.

Viste ropa de colorines; tantos y tales son que, vista de lejos, guacamayo parece. La falda es de rosa; el corpiño verde, de un verde rabioso é

irritante; azul la sombrilla; verde también, con flores y lazos, el sombrero. La cara escaparate de perfumería. En ella campean el blanco mate de Matilde Diez, el colorete persa, el negro indio para cejas y pestañales, los polvos de Suabia y otros indocumentados menjurges.

Cuando habla la momia restaurada, pone en su voz tonos infantiles y si anda trata de hacer la pizpireta airosa y moceril.

Es ella, Florentina, virgen sin claudicar; es quien la acompaña, Dorotea, ama del vicario, jamona substanciosa, recoleta de ojos y ademanes, larga de lengua y de malicias.

—Ahí tienen ustedes—dice Pepe señalándolas—dos ejemplares de la soltería aldeana; dos finales de juventudes femeninas que agotaron, aguardando un novio que no vino. Florentina cristalizó en los dieciseis años. La mocedad concluyó para su cuerpo, pero ella no se entera. Vive en perpétuo limbo. La otra, viendo que el casorio era una ilusión, buscó

arrimos y se hizo ama de cura á los treinta y cinco años.

—El diablo hartó de carne...

—A la carne creo que no llegó hasta entonces. ¡Qué remedio! O morir solteras terminando en entes ridículos como Florentina, ó buscar un pabellón que la preserve de la miseria y de la soledad como hizo Dorotea.

Tal es el porvenir de las jóvenes pobres en nuestras aldeas. Otro no lo tienen, so pena de tirar por la calle de enmedio. Como son curiosos los ejemplares y ya se despiden de esa otra correigionaria, voy á presentárselas á ustedes. A título de modelos, merecen su atención.

Pepe, seguido por los tres amigos, se dirige á las dos mujeres.

—La muy picara nos ha retrasado más aún—dice Florentina á su acompañante.—¡Y esas señoritas que están aguardando el relevo!

—Que lo aguarden, hija, que lo aguarden—responde Dorotea,—no iba á dejar por ellas la organización de la novena. ¡Valientes niñas! Todo

el rosario pasáronse haciendo carantoñas á los hombres. Ni el templo respetan las muy...

—Para el amor no hay lugar sagrado.

Dorotea va á contestar, cuando Pepe, acercándose é inclinándose ante Florentina, exclama:

—¡Queridísima tía!...

—¡Doña Florentina!—repite Gundemaro inclinándose.

—Florentina, Gundemaro, Florentina. Aún no casé para llevar Don. ¡Hay tan pocos partidos serios y convenientes!—añade encarándose con los demás.

—Que lo digas—confirma Dorotea.

—Me permito presentar á ustedes—sigue Pepe—á estos dos señores. Son...

—Ya los conozco—responde Florentina. Mi casa da enfrente del hotel. Algunas mañanas, cuando entro abro el balcón, veo á ustedes en sus habitaciones. También ustedes deben de haber reparado en mí.

—¿Cómo no?—dice Enrique.

—Hay cosas en las que se repara siempre—añade Alberto.—A esta señora...

—Señorita—interrumpe la Dorotea.

—Cierto. Excúseme la distracción. A esta señorita la veo siempre que entro en la iglesia, para admirar sus joyas de arte.

—Por cierto que usted y el señor—gruñe Dorotea señalando á Enrique—cuando van á la iglesia, hablan á gritos, como si en vez de iglesia fuera aquello un teatro. Yo con ustedes pierdo mi devoción y estropeo mis rezos. El señor cura piensa hablar á ustedes para suplicarles que sean más respetuosos.

—No hace falta. Desde hoy, cuando entro en la iglesia, cerraré la boca y no digo los ojos, porque me privaría del gusto de mirar á usted.

—Déjese de requiebros.

Esto lo dice Dorotea bajando los ojos y retornándolos para dirigir á Alberto una mirada chispeante.

—¿Estuviste en la alameda, Florentina?—preguntó Gundemaro.

—Un ratito. Por hacer tiempo. Ya ves que voy en traje de mañera.

—Le sienta á usted admirablemente.

—No tiene nada de particular. Es sencillísimo.

Y la momia se contonea desplegando ante los jóvenes el espectáculo de su arlequín.

—¡Sencillísimo!—murmura Enrique al oído de Alberto; y de unos golpes verdes que no hallaras en la montaña; apúntalo.

—¿Había mucha gente?—dice Gundemaro.

—Bastante. Yo estuve con Gertrudis. Pronto vendrá. Le toca despachar con nosotras.

—Tan hispada como siempre estaría. Mujer más orgullosa—refunfuña Dorotea. Y todo por sus cuatro ochavos. ¡Quién la mirara si no fuera por ellos!

—Pues Rodrigo apenca con ella.

—Los ochavos, hija, los ochavos. Aquí no se mira más que eso. De suerte que á quienes les tocó nacer pobres, solteras deben morir.

No es cosa de aceptar al primero que viene ó dejarse ganar por las aves de paso, como hacen algunas que yo sé.

—¡Ya, ya!—exclama Pepe—cortando la maledicencia de la beata presumida.—¿Conque á despachar papeletas, y después al baile? porque irán ustedes al baile...

—Yo no. Me invitaron, naturalmente; pero el baile es diversión algo deshonesto. A la rifa vengo, porque se trata de los pobres.

—Yo, si voy al baile—grita infantilmente la de los golpes verdes.—Bastante se aburre una durante los inviernos para desaprovechar estos esparcimientos, que son el encanto de la juventud.

—Cuidao tía—que los hay muy audaces y aprietan las cinturas de las bailarinas.

—¿Quieres callar Pepe? ¿Olvidas que no hablas con mujeres casadas?

El vejestorio sale andando menudito y púdico hacia el kiosko, seguido por la del vicario.

—Ahí tienen ustedes el porvenir

de las señoritas pobres en nuestra aldea—dice Pepe á los forasteros. Menos mal cuando son, como éstas, cortas de inteligencia y nacidas en la propia jaula.

—Verdad—murmura Alberto.

—¿Quiereñ que veamos descargar el pescado? Es una faena distraída.

—Y para mi conveniente mirarla. Uno de mis cuadros ha de inspirarse en el asunto.

—Póngale por fondo la iglesia—in-sinúa timidamente Gundemaro.—El románico de su arquitectura haría digno parangón á las olas de este mar altivamente histórico.

—Vamos á la descarga del pescado—interrumpe Enrique.—Las marineras andan superiores de pantorrillas. ¿Fueron siempre así las pantorrillas en *Mérina augusta*, querido Gundemaro?

—No hablan de ello las crónicas.

—Es lástima. La picara historia siempre deja en el tintero lo mejor. Y los tres hombres bajan riendo por las escaleras del muelle.

Alberto les sigue pensativo.



CAPÍTULO VIII

POR los escalones del muelle sube *la Cantora* con el cesto de pescado sobre la cabeza y los brazos en jarra. Detrás va Güiro, descalzo de pie y pierna, comiéndose á la moza con el hambre de su mirar.

—Anda, anda un poco adelante de mí, pa que yo te vea moverte. ¡Dios, y qué mujeruca te has hecho!

—Mujer soy dende que nací—responde ella sin volver la cabeza, pero aflojando el paso para que el otro se le acerque.

—Pa menos tiempo va que cayeron en la cuenta los hombres. Pa mí

que los peces saltan en la canasta, de alegría, porque los llevas tú.

—De agonía saltan los pobracos —contestó la moza, tornando cara á su galán.—Biende ellos sos trajisteis.

—Al pico de las catorce arrobas. ¿Vé, vé como suena la prata en los mis bolsillos?

Y Güiro, hundiendo las manazas en las aberturas de sus anchos calzones, hace sonar los duros.

—A la cuenta—sigue—esta noche, cuando acabemos de bailar, hasme de amitir la convidá.

—Falta que baile yo contigo.

—¿Con quién bailarás tú si no? Mal andaré con las sus narices el mozo que te saque.

—¡Animal!—murmura ella empujándole con la cadera y restregándose contra su cuerpo al darle el empujón.—¡Animal!..... ¡Majamente ganaste el premio con la tu traínera! De gozo saltóme el corazón cuando víte llegar primero. En la mi caja de conchas he guardado la cinta, que no la quiero estropear. Anoche no hubo quien te

viera. Es decir, te ví, y mejor sería no verte, que borracho eras como un bocoy.

—Había que celebrar el premio y nos arrejuntamos. Ya sabes tú que arrejuntándonos, la borrachera es de natural.

—Eso sí.

—Y eso no es razón pa que me prives de bailar esta noche contigo, sobre que no habrá hombre capaz de arrimátese. Bien saben ellos que estos brazos—y Güiro tiende los suyos musculosos—lo propio aguantan con el remo, que derribanle la dentadura á un hombre. Y lo propio—sigue diciendo con mimosería apasionada—lo propio, á querer tú, te cogerían pa apretarte, pero vamos, sin juerza, con los aqueles del cariño, con estrujones de esos que le hacen á uno saltar de alegría la sangre. ¿No saltóte á ti nunca cuando te rozaste conmigo?

—Cuenta es mía. No he de regalarte las orejas con el sí.

Empurpúrase el rostro de *la Cantora*, inclínanse á tierra sus ojazos,

y un temblor suave agita su pecho moceril. Él la contempla silencioso, con mirar dormilón, y, cogiéndola por la mano, que ella no intenta retirar, dice:

—Mejor que se las regales á Güiro que no al señor alcalde. ¡Bien se acercaba en el muelle á la tu persona! Bien rabio yo de que se acerque...

—No le pueo echar con malos modos.

—Ya sé... ya sé... Con él no sirve el puñetazo. Con él hay que aguantar. Tó lo pue, porque lo tié tó. ¡Quizás pueda también contigo!...

—¡Tontón!... Sí, le gusto; pero no es mal sujeto; peores hay. Él por la fuerza ná quiere. Con el su dinero echa la ronca. Claro que la hambre es mala. Pero, á la presente yo trabajo y tú embarcaste catorce arrobas de pescao.

—De no haber gente, en metá de la boca había de besarte, *Cantora*.

—Es muy fuerte el tabaco de la tu pipa—dice ella disimulando con el bromeo la emoción—y me olería mal.

—Tiraréla si quieres. Y si quieres, sacaremos dos pesetas de rifa. Púe que nos toque algo. Hay en la rifa un retrato mio que pintó D. Alberto. ¿Le viste? Hablar solamente le falta. Acércate á mirarlo. Sacaremos cuatro pesetas.

—He de vender pescao en Trasi-mena.

—Media legua hay. Lugar tienes de ir; que hasta las cinco no empieza la música. Anda, mujer, anda; púe que tengamos suerte y nos toque algo. Tú delante de mi, un poquitín delante.

—¿Y pa qué?

—Pa ver como van y vienen ese par de caderas.

Despaciosa, atrayente, dejando oscilar á cada avance el cuerpo gallardo, y volviendo la cara para mirar á Güiro, marcha la marinera. Camina el pescador detrás, llevando el compás de los movimientos de la hembra, con la cabeza y con los brazos. Así llegan frente al kiosko, no sin que *la Cantora* grite un ¡hasta luego! á Dolores y Julia que,

acompañadas por su madre, retornan de paseo.

—¿De parroquiana?—pregunta Florentina á la pescadora.

—Empeñóse Güiro.

—A ver qué manos tienes.

—Cuatro papeles han de ser, doña Florentina. Cuatro, y que tengan números tós. Has de sacarlos tú—sigue Güiro, ofreciendo el bote á *la Cantora*—una á una. Más despacio, mujer, revolviendo con la mano el monton.

—¿Así?

—Más despacio *entoavía*. Y las abres poco á poco, muy poco á poco. Las cosas güenas hay que hacerlas durar mucho. ¿No te parece á tí?

—Yo que sé.

La Cantora encendida como un rubí, moja con su lengua los papelillos y comienza á desplegarlos, sufriendo las inquisiciones de Güiro que se apoya en sus hombros y pega su cabeza á la de ella, no para ver los números, para recoger con sus labios el bravo olor de juventud que desprende aquella carne moza.

—No volvemos más á la alameda —dice Julia á su madre—mientras por ella anden Gertrudis y sus amigotas. ¿Por qué hemos de aguantar sus desdenes? ¿Son ricas? Que disfruten de su caudal. No se lo envidio; pero que no desprecien á los que somos pobres, solo por eso, porque somos pobres.

—¡Hija!...

—No hay que hacer caso, hermana.

—Poco me diera á mi, si no viera en ella el deseo de mortificarnos, de humillarnos. ¡Siempre igual! Y desde algún tiempo acá peor. ¡Qué harta me tiene esta vida ruin de la aldea!

—Desgraciadamente no podemos pensar en otra.

—¿Por qué nó, madre? En cualquier ciudad viviríamos más á gusto.

—No, hija mía. En el pueblo las dos tierrucas y la huerta y nuestras labores nos producen para vivir, para mal vivir, no lo niego. En la ciudad ¿qué fuera de nosotras, sin medio alguno de defensa? Vuestra educación sólo estaba comenzada al morir vuestro padre. Lo poco que apren-

disteis para nada práctico os serviría. Yo... ¿qué puedo hacer yo, vieja y con estos ojos que las lágrimas empañaron? Hay que resignarse y tener confianza en Dios.

—¡En blanco las cuatro! ¡Mala suerte!—vocea Güiro dando unas patadas en el suelo.

—¿Qué te ocurre?—le pregunta Alberto que llega con los otros del muelle.

—¡Qué tócanos no coger premio!

—Ya lo cogiste ayer—le responde Enrique dirigiéndose con Alberto y con sus amigos al encuentro de las de Ramirez.

Florentina y Dorotea cuchichean aparte guiñándose maliciosamente los ojos y Güiro, escarbándose los bolsillos y haciendo sonar en sus interiores la plata, dice á *la Cantora*:

—No me voy sin que eches otra suerte. Pué que en ella seamos más afortunados. Has de echarla con esta pieza de dos reales. Mirala. Nueveica es; reluce mesmamente que una luna pequeña. Paise que el rey nos mira

y nos dice: ¡Qué sus toca, Güiro, qué sus toca!... Y nos toca. ¿Va á mentir un rey, criatura?... ¡Anda!—si-gue, empujándola hacia el kiosco.— ¡Anda!... Doña Florentina, denos otro papel.

Florentina presenta el bote á *la Cantora*; Alberto, Enrique y las señoras se aproximan curiosos por la suerte de Güiro.

Este echa la pieza de dos reales en el mostrador. La marinera luego de extraer la papeleta ábrela poco á poco sin atreverse á mirar hacia ella, con el miedo de encontrarla en blanco también.

—¡Pintao!... ¡pintao!...—grita Güiro.—¡Pintao!... ¿No te lo dije yo? Lleva número, el 12. Tome, señorita Florentina; tome el papel y sáquenos hasta el mostrador lo que sea.

—¿El 12?... ¡Mi cuadro!—dice Alberto.

—¿El mi retrato?—responde Güiro al escucharle.—¡Quéjate, *Cantora*!

—Prefiriera los pendientes de plata con corales.

Florentina vuelve con un cuadro

de regulares dimensiones y de artística enmarcación.

Güiro vive en aquel retrato. Con la boina echada hacia atrás; la renegrida cara respirando malicia; los ojillos reidores, la blusa abierta sobre el pecho y la corta pipa en los dientes, es cacho de realidad transplantado á una tela.

—¡Anda Dios!...—grita espantada *la Cantora*:—¡pues si es él! ¡si es el propio Güiro, cortao por la cintura!...

—¿Ande vas á ponerlo?—pregunta el pescador.

—¿Ande? En la mi alcoba; entre un retrato del Bombita que tropezó padre en un periódico y un San Francisco que le regaló á madre el cura.

—¡En la tu alcoba!... Cuando te acuestes ¡ya levantarás los ojos pa mí!...

Y Güiro empuja á la muchacha que sujeta con las dos manos el retrato apartando los brazos para que quede el retrato en el aire y no tropiece con su cuerpo.

—¡Sinvergüenza! ..—replica á Güiro.—Cárgate mi cesto de pescao, que no quiero ensuciar la pentura.

Carga el cesto Güiro; y dirigense hacia los soportales entre las risas y el vocerío de la gente.

—¿A qué hora os toca despachar en la rifa?—interroga Pepe á las muchachas.

—A ninguna—contesta Dolores.—Bien se vé que llegaste ayer cuando haces la pregunta. No nos han invitado.

—Por olvido seguramente—agrega la madre.

—O por mala intención de la presidenta—rectifica el buen Gundemaro.—Es Gertrudis; las feas tontas odian cordialísimamente á las que no lo son. Ahí viene Gertrudis, con su corte de aduladores. ¡Ruín sociedad esta que ante la riqueza se postra! ¡Benditas sociedades aquellas de la Grecia y la Roma antigua que sólo ante la belleza pechaban!

Llega Gertrudis rodeada por un grupo de señoritas cursis y de caballeros endomingados. Digna es la

escolta de aquella reina lugareña que apalea los duros y se gasta el lujo de dos coches y de un automóvil cuyos viajes no pasan de Comillas porque la gasolina anda cara y el polvo y el barro echan á perder el barniz.

Con el traje de muselina azul con encajes de subido precio, resaltan más que á diario las fealdades de Gertrudis.

La cabeza pálida y negruzca, se balancea sobre su cuello flaco; el labio superior, remangado, descubre una dentadura amarillenta; los ojillos negros lucen rencorosos bajo unos párpados sin pestañas; el pelo, de un castaño sucio, se riza contra las alas de un sombrero más rico que elegante.

Cuelgan de sus orejas perlas; enróscase á su cuello un gargantillo de rubies y encubren la delgadez de sus muñecas anchos brazaletes.

Jugando va con la sombrilla; haciendo mohines desdeñosos; contestando con gestos de aprobación ó desaprobación á las preguntas y á

los agasajos de su corte; balanceando el talle, adelgazado por las presiones del corsé; levantando la falda, para descubrir los pies, único regalo que le hizo la naturaleza al ocuparse en la confección de su persona.

Cuando vé cerca del kiosko á las de Ramirez acompañadas por los jóvenes hay un gesto de odio en su boca y un rayo de cólera en sus ojos.

—¡Gracias por la agradable compañía!—dice encarándose con su acompañamiento.—Ustedes á casa; yo á despachar unos cuantos billetes. Esta tarde en la merienda y esta noche al baile.

Al decir lo del baile, clava su mirar en las dos hermanas y pasa por frente á ellas sin inclinarles la cabeza.

—Sí, sí; en el baile nos reuniremos todas—dice una de las amigas de Gertrudis.

—Todas las que nos debamos reunir—contesta Gertrudis levantando la voz que silba entre sus dientes.—El baile es de etiqueta. De ahí que se hayan limitado las invitaciones

¡Sino estaría aquello imposible! Ni todas tienen traje de etiqueta, ni derecho á asistir donde se reúne gente principal.

Esto lo dice apoyando la sombrilla en el mostrador; irguiendo la cabeza, retando con los ojos á las infelices mujeres que están próximas á ella. Es tan claro el insulto, tan directa la humillación, que doña Mercedes oculta el rostro en el pañuelo. A Dolores se le saltan las lágrimas y Julia palidece, apretando las uñas contra las palmas de sus manos hasta que brota sangre.

Alberto oye el insulto, ve la maldad de la ricachona, el sufrimiento de las desdichadas mujeres y, en voz alta también, mirando cara á cara á Gertrudis, respondiendo al miserable desafío, exclama, dirigiéndose á Julia:

—No va con ustedes el dicho. Ustedes tienen traje de etiqueta: su divina hermosura; y tienen la principalidad de su gracia y de su talento. Donde ustedes se hallen estará la belleza y estará también la vir-

tud, que para triunfar no precisan invitaciones. La arena de la playa es mejor alfombra que todos los tapices, la luna lámpara mejor que todos los focos eléctricos. Hay en ella poesía y misterio. ¡A la playa esta noche! ¡A reinar en ella!... La música no ha de faltarnos. Enrique, que no tocaría su violín en una fonda cursi ante señoritas imbéciles, por todas las dádivas del mundo, tocará hasta partirse la muñeca delante de ustedes y su digna madre de ustedes.

—Ya lo creo que tocaré—dice Enrique—con más gusto que en los salones de un emperador.

—A pensar en nuestra fiesta entonces—continúa Alberto.

Y dirigiéndose hacia el kiosko, sacando de la cartera un billete de cien pesetas y arrojándolo contra el mostrador, dice, encarándose con Gertrudis, que tiembla de soberbia y de rabia:

—¡A ver! Despache á estas señoritas. Doscientos billetes. ¡Y pronto! ¡Porque tenemos prisa!



CAPÍTULO IX

EN el fondín de la Gaspara anda revuelto el mujeriego. Es cena gorda la que tocóles por la banda y justo quedar bien tratándose de don Alberto y don Enrique que, á más de excelente parroquia, son mozos campechanos y de buen hacer con los humildes.

Habla y anda á un tiempo la Gaspara, yendo del comedor á la cocina y de la cocina al comedor. A éste para presidir el estiramiento de los manteles y la colocación de platos, copas y cubiertos; á aquella para revisar las cacerolas, revisar la lum-

bre, ver como destripan el pescado, como parten la carne, como preparan salsas y oleos en pucherones y cazuelas.

También dá viajes á la cueva, rebuscando las botellas que va para treinta años escondió en lo obscuro el difunto; ya deben de estar recubiertas de telarañas, y ser cosa rica el vino que en sus interiores rebulle. A esta parte alínease el champagne. De primera es; un capitán á quien ayuda en sus contrabandos, se lo trajo de Francia, lo mismo que el cognac; superiorísimos el cognac, de puro Martell y *Tres estrellas*: ámbar parece dentro del botellín.

—¡Hala, hijas, hala!—vocea Gaspara encarándose con las dos guapas mozas que le dejara en herencia el su contrabandista.—¡Hala, que hay que echar á la banda todo el timón! Mata y despluma bien los pollos, Matilde! Tú, Francisca, limpia el arroz y prepara la mayonesa. ¿Cuece bien la langosta? Tú, Regalao (esto es al mozo del fondín), como vea en el comedor una mota de

polvo ó una punta de esos cigarros que te mascas, te estampo un sartén en to lo alto de la mollera.

Mientras habla, corre, hacina platos, dobla servilletas, lustra vasos, revuelve sartenes, desgrasa ollas, se limpia el sudor con la mano izquierda y esgrime con la derecha una espumadera chorreante de aceite.

En el huertecillo del figón están reunidos Gundemaro, Alberto y Enrique. Llegaron temprano al objeto de esquivar conversaciones con la gente que hace manjar de lo ocurrido en el kiosko.

No era cosa de responder á preguntas y comentarios, y luego de almorzar tomaron juntos el camino que á la playa conduce y en el huertecillo tomaron el café y en el figón curiosean la marcha de la cena que ha de servirles la Gaspara.

Bello como en parte alguna es el espectáculo ofrecido por la playa á los ojos, en las inmediaciones del rústico jardín!

Un montón de peñas, que las olas pulimentaron, sube en atlántica

escalera hacia los montecillos verdes; formando, de trecho en trecho, naturales, asientos que tapizan los líquenes; por entre las peñas descubre su oro el arenal. En sus límites muere el océano, que lo lleva traídonamente para ir apoderándose de él gozándolo átomo tras átomo hasta cubrirlo en las mareas altas.

El cabo Oriambre se vuelve hacia *Mérina*, cabezota de isotaura parece, apoyada en un cuello de escamas. La Peña mayor luce sus rocajes al sol y la barra espumea formando muralla asesina entre las aguas azules de la ría y las aguas esmeraldinas del Cantábrico. Las barquías pasan y repasan á la pesca de los verdeles, tendidas sus velas al empuje suave del Nordeste. En el fondo del horizonte levantan nubecillas de humo los vapores que se encaminan á los puertos de Santander y de Gijón. Gaviotas y cuervos aletean sobre las olas.

Los taurones voltean próximos mostrando sus lomos parduscos y sus aceradas aletas. Del cielo, hoy

limpio y transparente, bajan alienatos de bondad. El sol, caminando á su casa, se deshace en lluvia áurea contra el mar y la tierra.

Güiro, á quien un golpe traicionero cogiera la noche anterior de través, abriendo á su barca una vía de agua, calafatea el roto. Con prisa lo hace, que el arreglo no admite descuido por que han de hacerse á la mar antes de amanecer; y el baile no es cosa de perderlo. A las cinco empieza y *la Cantora* va á ser pareja suya.

Afanoso trabaja canturreando, con el pensamiento puesto en aquella moza que poco á poco se hizo reina de sus quereres:

Caminando va la luna
entre nubes por el cielo.
Marinera de mi vida,
¡qué noche para querernos!

Hace una pausa y torna á la faena, marcando maquinalmente con el martillo el sonsonete del cantar montañés.

En lo alto de las peñas que suben hacia el camino de la aldea, aparece

una figura de mujer trajeada en golpe de fiesta. Es *la Cantora*. Tiene los ojos de llorar. Muy despacio avanza hasta Güiro que emperrado en el calafateo no pone atención en su arribo.

Martillea que martillea, vuelve á cantar el mozo:

Anda, que me caigo
y no me puedo levantar;
anda, que me caigo
á lá orilla de la mar.

—Yo si caime—dice *la Cantora*.

A la voz tórnase el marinero y dejando caer en la arena el martillo, exclama con asombrada entonación:

—¿Tú?

—En la tu busca vengo.

—¿Qué sucede, mujer?

—Sucede que atizóme padre una paliza.

—¿A tí?

—Con un chicote, púsome las espaldas negras.

—¡Qué animal es tu padre!... ¡Poner negra carne tan branca!... Déjame ver el daño.

Y Güiro, alzándose del suelo, en-

fronta con la moza y dirige sus brazos hacia el corpiño que remarca las redondeces lujuriosas del seno.

—¡Huye, bruto!—exclama *la Cantora*, empujándole suavemente.—No estoy para bromas yo.

Güiro sonríe con socarrón y que-rencioso sonreír.

—¿Ríes?... ¡Después que por culpa tuya fueron los chicotazos!...

—¿Por mi culpa?

—Por la del condena retrato de aquel condena pintor.

—No hables malamente de él en alta voz, que en cá é la Gaspara está.

—El tu retrato, que hizo don Alberto, fué culpable de tó.

—¿Qué pasó? Habla, mujer—dice Güiro conduciendo á la joven hasta el costado de la volcada lancha y haciéndola sentar en la borda.

—¿No estaba el retrato al gusto del tu padre?—pregunta.

—El que no está á gusto del mi padre eres tú.

—¿Cómo fué?

—Verás. Entré en casa con el re-

trato y viéndolo estaba con mi madre, cuando padre llegó.—¿Qué es esto?—dijo.—Un retrato—respondi yo.—En la rifa tocóme.—¿Y tiés la poca vergüenza—voceó mi padre, de traer á ese granuja aquí? ¡Ahora verás tú!—Y cogiendo el retrato, lo tiró por tierra y comenzó á darle patás y á gritar:—¡Toma, Güiro!... ¡Morrallón!... ¡Piojoso!... ¡Muerto de hambre!...—Más de cien patás le dió.

—Ahí me las den todas—dice Güiro encogiéndose de hombros.

—Tronzaita vengo—añade sollozando la moza. El retrato hecho piezas quedó.

—Por el retrato no te apures. ¿Rompíolo á coces el bestión de tu padre? Déjale. Bueno va.

—Sin el retrato quedo.

—¿Qué más tiene? A la cuenta, pa el miércoles he de ir á la ciudad. Meteréme en una de esas fotografías ande le sacan á uno á máquina, y tendrásme completo, no por la metá, como en el otro. A más, los retratos que hace el de la ciudad son pequeños; á una cuarta no llegan.

Esconde, pues el que yo te dé, ande no lo halle el padre tuyo.

—¿Ande?

—Pongo por un caso, ahí; entre la camisa y la carne. ¡Condenao retrato! ¡Maja casa va á ser la suya!

—Y tu retrato el primer enquelino.

Dice esto la moza bajando sus hermosos ojos á tierra, apartando la cintura de los brazos de Güiro, enrojeciéndose hasta la frente, cruzando los brazos sobre el pecho que va y viene temblando al empuje del alentar. Güiro la contempla con los labios entreabiertos y el bronce de la cara cubierto por amorosa palidez. Contestar quiere; y no hallando palabras que demuestren su gratitud, él, que siempre llama á la moza por el mote, pronuncia con rendida y dulce entonación, este nombre:

—¡Juana!...

Mudos quedan los dos. Él la mira sin atreverse á tocar su cuerpo, y ella dando vueltas y más vueltas con los dedos á las puntas del pañuelo.

—Vaya—dice *la Cantora* por fin,—

lo del retrato arreglao queda. Pero este cuerpo ¿quién lo arregla?

—Yo mesmo—replica Güiro, tratando de abrazarla.

Ella salta de la embarcación y poniéndose á alguna distancia, repite:

—¡Tú mesmo!... Padre jura que no he de hablar contigo y que ha de romperme las costillas si te hablo.

—Mi madre jura que muerto me prefiere á verme cortejando contigo.

—¿Qué hacer entonces?

—Lo que hacemos: hablar.

—Es...

—¡Bah! ¿Piensas que se ponen asi porque yo soy yo y tú eres tú? Si yo no fuera yo y fuese otro; si tú no fueses tú y otra fueras, se pondrian igual. Y no por temor á que echémosla por mala parte. Por temor á que echémosla por la buena y casemos. ¿Comprendes?

—¡Como no hables más claro!...

—¡Ay, cordera, y que inocentona que eres tú!... Tu hermano casó ya. Tu padre, de puro borracho, nada hace. Tú eres quien vendiendo por esos pueblos el pescao, llevas a tu

casa ganancia. Patrón soy yo de la treinera y la barquia que dejónos mi padre. Mis hermanos son pequeñuelos. Pa ganar el pan de mi casa yo solamente sirvo. Si tú y yo casáramos, los ganadores se iban, y en la casa de nuestros padres entraran menos perras. Por eso gruñen ellos. Por eso gruñen tós los padres en toas las casas del lugar, cuando se cortejan los mozos. Por eso hay que no hacerles caso y seguir adelante. Sigamos. Por nuestras acciones no hemos de ir al infierno, ni nos han de echar de la iglesia. A la postre arréglanse las cosas. Con tu hermano Francisco en brazos fueron los tus pádres por las bendiciones del cura, y no les llevó más dinero.

Toda la filosofía, toda la moral pescadoras, viven en estas palabras de Güiro. El egoísmo de los padres oponiéndose á que los hijos casen y resten ingresos al hogar, prefiriéndolos amancebados a distancia, confundiendo sus cuerpos en deleite propio pero reservando los bolsillos á beneficio de sus engendradores.

Los mozos aceptan la doctrina, y viven sufriendo golpes, acariciándose á hurto, hasta que un día alguien ordena con su primer llanto la constitución de un hogar. Hay ¡que vivir para lo que se trajo al mundo; y eso hacen y allá quedan los padres viejos, muriendo poco á poco como tronco seco que sólo sirve para leña.

Bien sabe esto Güiro; bien lo comprende *la Cantora*, que diarios son ejemplo y enseñanza en la aldea. Pero que ella se niega al replicar de esta conversación y echándola por otros caminos exclama:

—Mi padre es un salvaje y tiene puños de hierro. A lo pronto esta noche no bailaremos juntos. Si vas esta noche á la plaza no te arrimes á mí. Es lo que venia á decirte.

—¿No arrimarme?... ¿Por qué?...

—Porque padre ofreció que me pateaba, igual que al retrato, si bailaba contigo.

—¿Y vamos á estar en la plaza mirándonos, como dos aviones, sin hablar, sin jalear los cuerpos; sin apre-

tujarnos en el agarrao?... ¿Te paice á ti bien, *Cantora*?

—Güiro, me parece muy mal.

—¡No pue ser, *Cantora*, no pue ser!

—¿Qué le haremos?

El mozo se aproxima á la hembra y desliza en sus oídos, silabeándolas, estas palabras:

—No ir á la plaza denguno de los dos.

—¿Eh?

—Escabullirnos de los viejos. Encontrarnos en otra parte.

—¿Ande?

—Por un ejemplo aqui, juntos á la mi barca.

—¡Junto á la tu barca!...

—¿Ande mejor?... *Virgen María* llámase. Ven junto á mi barca esta noche.

La voz de Güiro tiembla, suave, imploradora, revuelta en cálido alentar. *La Cantora* le escucha sin levantar los ojos. Sólo pronuncia muy bajo, casi como un suspiro, esta interrogación:

—¿Venir?

—¡Venir!—repite él.—Venir á que yo te diga junto á mi barca que te

quiero, *Cantora*. Venir á que te cure los cardenales del chicote. Venir porque es noche de fiesta y no vamos á pasarla uno lejos del otro. ¿No dices que me quieres mucho? Aquí estaré en cuanto que cierre la noche. No me digas si has de venir tarde ó temprano. Yo junto á la barca me estoy.

Y cogiéndola amorosamente por las muñecas, murmura:

—¿Vendrás?

—¡Vendré!...—responde ella.

Y arrancándose de las manos de Güiro, sale corriendo por las rocas.

Al llegar á la última, vuelve el rostro hacia el pescador, sonríe y sigue andando muy despacio.

El la ve ir. Con las manos apoyadas en la cintura la mira alejarse; y canta, enviando hacia ella las notas del cantar:

Caminando va la luna
entre nubes por el cielo.
Marinera de mis ojos
¡qué noche para querernos!

El ¡ju juy...! celta se pierde en la atmósfera como un grito de amor.



CAPÍTULO X

MENESTER fueron las muchas razones aducidas por Pepe para que doña Mercedes se decidiera á aceptar la invitación de Alberto.

Pepe, primo carnal de las muchachas, debía acompañarlos. No era delito comer en mitad de una playa, al aire libre y en compañía de personas por su educación y entendimiento incapaces de ninguna acción reprehensible.

A más que Pepe iba con ellas. A no estar enfermucha uno de los niños, y la mujer de Pepe á su cuidado, hubiera ido la mujer de Pepe